
IDEAS PARA EL SOCIALISMO DEL FUTURO

Miguel Angel Quintanilla
Ramón Vargas-Machuca

análisis y debate



3

Las presentes reflexiones sobre el socialismo del futuro no pertenecen ni a la literatura profética ni a la apologética. En la tradición de la izquierda ha habido ya demasiados profetas como para que alguien se atreva a aumentar la nómina con su propio nombre. Y en cuanto a la apología del presente, si bien se mira, no está la realidad política del socialismo por estos pagos demasiado necesitada de apologetas a sueldo. Nuestra intención es mucho más sencilla: se trata de transcribir algunas reflexiones que nos vienen ocupando a ratos perdidos durante los últimos meses y que han surgido al hilo de vivencias personales, lecturas, discusiones y debates mantenidos entre nosotros y con tantos otros intelectuales y políticos a quienes interesan los mismos problemas. Se trata, en definitiva, de ofrecer públicamente algunas ideas y reflexiones sobre el socialismo como pensamiento, como proyecto filosófico o como ideal de la razón práctica, si se nos permite la pedería.

La modestia de nuestra pretensión no debe interpretarse, sin embargo, como el reconocimiento de su posible intrascendencia. Por el contrario, pensamos que es muy impor-

tante recuperar en nuestros días, dentro de la tradición socialista, el género de la reflexión y el debate filosófico-político. Hay razones para ello.

El futuro del socialismo debería preocuparnos tanto como nos preocupan en general aquellas otras cosas por cuyo futuro tememos. Hablamos hoy del futuro de la especie porque tenemos miedo de que sea aniquilada; nos preocupa el futuro de la democracia porque la apreciamos y sentimos el acoso a que se ve sometida en la práctica; y nos preguntamos por el futuro del socialismo porque tememos que tantos esquinazos de la historia terminen por convencernos de que aquella empresa que empezó hace siglo y medio no fue más que un esfuerzo inútil.

En efecto, a pesar de las apariencias no corren buenos tiempos para algo que, por naturaleza, es la expresión de un optimismo histórico. De aquella vieja ilusión de que nosotros acabaríamos con el sistema hemos pasado al temor presente de que sea el sistema quien acabe con nosotros. Se han disuelto muchos de los factores que legitimaban la ideología socialista. En la cultura de nuestro tiempo adquieren prestigio valores con pedigríe antisocialista (la reivindicación de lo privado, lo diferencial, el individuo). Los discursos ascendentes son discursos negativos: no al rearme, no a la energía nuclear, no al deterioro del medio ambiente, no a la extensión de la influencia del Estado, no a los partidos «tradicionales», no a la OTAN. Es como si toda la esencia del pensamiento progresista europeo, que siempre supo aunar la crítica de la realidad presente al proyecto para su transformación, estuviera a punto de disiparse y se fuera reduciendo al desencanto antiutópico, resignado o desesperado. Si hace unos años pensar desde la izquierda era cuando menos un ejercicio de creatividad y de vitalidad intelectual, hoy parece más bien una tarea abocada a la perplejidad y a la contradicción. Parecemos atrapados entre nuestros deseos y la realidad, entre lo que esperamos y lo que tenemos, entre lo que continuamos declarando en las grandes ocasiones y lo que en realidad vamos haciendo en el trabajo político de cada día.

Pero junto a estos motivos de preocupación subsisten también motivos para la esperanza, o al menos para agotar todas las vías intelectuales que nos permitan recuperarla. Si realmente existe una crisis profunda en el pensamiento socialista, lo más triste y lo más profundo de ella es que no sólo representa una crisis de toda la izquierda ligada al movimiento obrero, sino también de toda la tradición progresista europea. Frente a la permanencia de esa voluntad de transformación de la tradición socialista no parece dibujarse en el horizonte ninguna otra alternativa. Y si hay dudas respecto a la idoneidad de la ya vieja ideología socialista para servir de base a un proyecto político a la altura del siglo XXI, lo cierto es que otras ideologías, que en el pasado pudieron cumplir un papel progresivo, están ya recluidas en el museo de las ideas. Si la lucha de clases, la abolición de la propiedad privada, la sociedad democrática e igualitaria, etc. empiezan a no sintonizar con la cultura de nuestro tiempo, ¿qué decir de las viejas reliquias del humanismo cristiano, del liberalismo progresista, del leninismo o del anarquismo? No queda nada: sólo palabras que ya no tienen sentido y hechos mostrencos de violencia, cinismo y fuerza bruta que ya casi ni se preocupan por maquillarse de discursos ideológicos. Ante esta situación uno tiene la convicción de que reflexionar sobre el socialismo del futuro es una obligación moral tanto más urgente cuanto que ésta parece ser la única ideología de tradición progresista que todavía tiene futuro. Frente a ella no hay más que la razón de la fuerza y el conservadurismo sin otra fuerza de convicción que la que extrae del miedo ante el futuro.

Hablemos también, para terminar este ya largo prólogo, de la realidad más inmediata que ha servido de escenario a nuestras reflexiones. Sería hipócrita pretender que no tienen nada que ver con ese extraordinario proceso histórico que el PSOE ha protagoniza-

do durante los últimos años en nuestro país. Pero tampoco es éste el momento de hacer un análisis en profundidad de tal proceso. Señalemos tan sólo un dato significativo: el último congreso celebrado por el partido puede pasar a la historia como el congreso del pragmatismo de un partido socialista engullido por las responsabilidades de gobernar un país en el que ostenta prácticamente la totalidad del poder político. También puede pasar a la historia como el congreso del giro definitivo a la derecha por parte del socialismo español, o como el congreso simplemente de la madurez política del socialismo. A nosotros nos parece que uno de los aspectos más significativos del XXX Congreso debiera ser, de cara al futuro, el hecho de que a partir de él ha desaparecido prácticamente del socialismo español la posibilidad de que se produzcan herejías. Como alguna vez se ha dicho, no hay herejías sin dogmas y no hay dogmas sin iglesias. El último congreso del PSOE seguramente pasará a la historia como el congreso de la secularización del partido: no hubo apenas ritual en sus sesiones y apenas quedan residuos de mística religiosa en las declaraciones aprobadas. No ha sido, en definitiva, en modo alguno un congreso ideológico. Pero por eso mismo esperamos que tenga gran trascendencia para la ideología socialista. Porque esta ausencia de ideología, si se lee en sentido positivo, sólo significa una cosa: el reconocimiento de la necesidad de aportar ideas nuevas para el socialismo del futuro. Se corre el riesgo, naturalmente, de que en adelante el PSOE se vaya convirtiendo en un partido desideologizado y progresivamente alejado de sus raíces históricas. Pero se abre también la posibilidad de iniciar, desde una plataforma única en toda Europa, ese proceso de reflexión intelectual que permita redefinir las señas de identidad del socialismo y de la izquierda occidental. Nosotros al menos estamos convencidos de que así debe ser. El socialismo del futuro saldrá del pluralismo de las ideas. Sólo se requiere que éstas empiecen a surgir. Y en eso estamos.

Un socialismo posmarxista

La ideología socialista de nuestro tiempo hunde sus raíces en diversas corrientes de pensamiento que fraguaron a lo largo del siglo pasado. De todas ellas el marxismo ha sido el más influyente y definitorio. Dentro de esta tradición se pueden señalar algunos elementos que configuran un núcleo doctrinal y político todavía influyente en el socialismo español. En primer lugar, la consideración de la economía capitalista como un sistema de explotación y expoliación de los trabajadores. En segundo lugar, la consideración del Estado democrático como un instrumento de dominación. En tercer lugar, la concepción de la acción política como una actividad orientada a conseguir el poder del Estado para, a través de él, transformar la sociedad aboliendo el capitalismo e instaurando una sociedad igualitaria y reconciliada. Hay también otros componentes doctrinales del marxismo que siguen pesando actualmente en la ideología socialista; pero los que acabamos de señalar nos parecen especialmente importantes por su peso ideológico y porque pensamos que son principalmente estas ideas las que hay que revisar para poder pensar en el socialismo del futuro.

A nadie debería escandalizar lo que acabamos de escribir. Que haya que revisar la consideración crítica del marxismo frente al capitalismo es en realidad una obviedad. Todas las predicciones importantes de Marx sobre el desarrollo del capital han quedado refutadas. El capitalismo del último tercio del siglo XX se parece poco al capitalismo que conoció Marx. Y no hace falta entrar en análisis pormenorizados del mecanismo de la explotación capitalista para constatar que las relaciones económicas y sociales que se generan en torno a la producción y distribución en las sociedades industrializadas de nuestro tiempo son mucho más complejas que la simple relación de explotación con toda su carga moral. El hecho de que una buena parte del mérito por el cambio de la situación haya que asignárselo al desarrollo del sindicalismo y a la acción de los propios partidos obreros inspirados en las ideas de Marx no altera para nada el diagnóstico de obsolescencia para esas ideas.

¿Y qué decir del aparato del Estado democrático? Los partidos socialistas democráticos están tan íntimamente ligados al funcionamiento del Estado que apenas tiene sentido seguir manteniendo la ficción de que a éste se le considera tan sólo un instrumento de legitimación de la explotación capitalista o un medio de coacción para garantizar el funcionamiento de las leyes que el propio sistema impone a la sociedad civil. Más bien ocurre, por el contrario, que son los propios partidos socialistas quienes se constituyen en abanderados del constitucionalismo, de la estabilidad democrática y del mantenimiento del sistema. Véase, si no, el caso español.

No. No debe nadie escandalizarse porque proponamos revisar a fondo esos contenidos, al parecer esenciales, de la ideología socialista. En realidad ya han sido revisados. La propia historia y la práctica política se han encargado de relegarlos al desván de las declaraciones rituales vacías de contenido real. Lo que proponemos es que su lugar sea ocupado por otras ideas más ajustadas a la realidad; que reconozcamos nuestra condición posmarxista y nos preocupemos, sin prejuicios, de redefinir las ideas básicas del socialismo democrático.

En realidad la crisis del marxismo no es cosa de ahora. Su agotamiento como pensamiento total, como concepción del mundo y como ética, se percibe ya en el fondo de los análisis y de las reflexiones de Gramsci y de tantos otros intelectuales marxistas de su misma estirpe cuando reconocen la derrota del movimiento obrero revolucionario en Occidente y el fracaso de la revolución en Oriente. Desde entonces —es decir, a partir de la segunda mitad de los años veinte— el marxismo teórico no supo reponerse ni remontar coherentemente las consecuencias de la deflación del régimen liberal y del ascenso del fascismo en Europa. Por eso entonces y hoy los marxistas no dogmáticos y los marxólogos sinceros, no antimarxistas, fundan toda su reflexión instalados en la crisis, en la percepción del fracaso del marxismo como justificación de un movimiento histórico, en la conciencia de que el marxismo ha perdido su legitimación racional. «La utopía hecha pedazos», titulaba una reflexión sobre este tema Ludolfo Paramio (*Leviatán* n.º 5, primavera de 1984). Y el mismo Sacristán expresaba no hace mucho que no existe ya ninguna garantía de que la tensión entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción vayan a dar lugar a una perspectiva emancipatoria; pedía que rompiéramos con los restos de ese hegelianismo que nos empuja a confiar en las supuestas leyes objetivas del desarrollo histórico, y concluía, con una amargura nada disimulada, reconociendo el fracaso no ya del marxismo sino de la misma clase trabajadora (*Mientras Tanto*, 1983, n.º 16-17, «Entrevista»).

En realidad —¿por qué no decirlo de una vez?— la suposición de la existencia de un sujeto revolucionario que se arroga una posición privilegiada frente a otros agentes sociales representa, a la luz de la ciencia social y del sentido crítico, no más que un mito. Abandonado éste, la única vía libre para el diseño de una estrategia común entre agentes con una pluralidad de intereses diferenciados o enfrentados sólo es posible razonablemente por la vía del acuerdo y el compromiso entre ellos.

Tampoco tenemos razones convincentes para mantener la creencia de que existe una esencia de lo social y una explicación esencial de la realidad histórica encarnadas en el modo de producción, de forma que, una vez cambiado éste, accederíamos a una sociedad sin conflictividad, reconciliada. Se esconde a veces, detrás del plausible deseo de una sociedad sin clases, toda una justificación y una excusa para la implantación, o la ideación al menos, de una sociedad sin disidencias.

La tradición marxista, y el socialismo con ella, imaginó durante mucho tiempo, como señala Kolakowsky, que una vez hubiera desaparecido el capitalismo el mundo se

convertiría en un ágora ateniense: sólo había que prohibir la propiedad privada de las máquinas y la tierra, y los seres humanos dejarían de ser egoístas y sus intereses coincidirían en perfecta armonía. La cuestión pues se reducía a doblegar al enemigo porque sólo la malevolencia de éste se oponía a la inmediata aplicación de aquella soñada posibilidad.

No son éstos los componentes doctrinales más apropiados para programar el socialismo del futuro. El socialismo no puede seguir viviendo aferrado a una cultura que ha perdido muchas razones de su legitimación teórica y de su virtualidad práctica. No puede seguir reproduciendo un ritual que cada día es más inverosímil, que tiene poco que ver con lo que la izquierda hace cuando llega al poder y que predica unas máximas de acción que nadie está interesado en aplicar en la práctica. Y, sin embargo, el ajuste de cuentas con el marxismo como ideología total no puede ser pretexto ni motivo para un *revival* de esa cultura premoderna que enarbola ahora la derecha (véase la espeluznante campaña de Reagan) ni de un socialismo premarxista, piadoso y de corte idealista. El socialismo del futuro debe ser posmarxista, no antimarxista o premarxista.

Hay, en efecto, todavía elementos vivos de la tradición marxista que es preciso incorporar —de una forma incluso más coherente y completa que lo que hasta ahora se ha hecho— en la ideología socialista. El marxismo fue en sus orígenes una utopía racional que estuvo estrechamente vinculada al florecimiento del movimiento obrero, es decir, a la organización de los trabajadores para luchar por una sociedad más justa en los países industrializados de Occidente. Se hizo entonces un enorme esfuerzo de conceptualización para traducir los grandes ideales de la Ilustración europea a ideas programáticas y proyectos de acción política concreta. Lo específico de la tradición doctrinal marxista fue algo que no está contenido en sus análisis del sistema capitalista, en las formas de organización del movimiento obrero que propició ni en la concepción del Estado que transmitió al movimiento socialista, sino en ese espíritu de justificación racional de una opción política que animó desde el principio a los marxistas. El atractivo del socialismo en su vinculación histórica al marxismo residió no en ser simplemente la expresión de una voluntad de justicia para la clase obrera, sino en que ésta apareció siempre cargada de justificaciones racionales. Esta herencia utópica pero racional del marxismo, ese espíritu de justicia eficaz, de crítica racional, de transformación social apoyada en la razón es la herencia más importante que debe conservar el socialismo del futuro.

El socialismo como utopía racional

El reto del socialismo del futuro reside en recomponer a la altura de nuestro tiempo una utopía racional equivalente a la que dio origen, de la mano del marxismo, al nacimiento del movimiento socialista.

Las utopías son modelos de organización social que ejemplifican, en su simplicidad, los valores básicos que se proponen como guía para la configuración concreta de una sociedad real. Los propios modelos utópicos no son realizables, pero se formulan como guía para las realizaciones concretas. Una utopía será irracional si no tiene en cuenta en absoluto la realidad cuya transformación se propone. Y una utopía racional se puede convertir en irracional si, frente a los cambios producidos en la realidad social —quizá como resultado de la formulación de la propia utopía y de los intentos para aplicarla— permanece dogmáticamente inalterada, pierde vigencia y se mantiene tan sólo por motivos de fidelidad al dogma o de rentabilidad ideológica como elemento de identificación de un grupo social.

Los socialistas no debemos tener complejos a la hora de reivindicar el pensamiento utópico. Este no tiene por qué ser patrimonio del irracionalismo, del pensamiento negativo o de la mística. La vieja contraposición decimonónica que popularizara Engels entre socialismo utópico y socialismo científico debería reformularse en términos de irracionalidad y racionalidad de un mismo tipo de proyecto político utópico. Las utopías no son malas. Lo malo es el dogmatismo y la irracionalidad.

En la crítica marxiana al sistema capitalista había un componente utópico racional que es preciso preservar en el socialismo del futuro: se trataba de desmontar la coacción que el sistema imponía sobre los trabajadores para poder funcionar. Pensamos que esta idea sigue siendo esencial en la utopía socialista. El análisis marxiano de las leyes del capital fue equivocado; en particular, sus predicciones resultaron incumplidas. Y su diagnóstico sobre el papel de la propiedad privada de los medios de producción en la explotación del trabajo es inaplicable a las formas de organización actual de la producción en los países industrializados. Pero lo esencial de la utopía socialista no reside en ninguno de esos elementos tradicionales de la crítica al capitalismo, sino en la necesidad de retrotraer el ideal de la justicia a las condiciones concretas de la producción y el intercambio en donde se genera la desigualdad. Identificar hoy la utopía socialista con la nacionalización de empresas es una simpleza. Identificarla con un modelo de sociedad en el que sea posible perseguir la igualdad y combatir la desigualdad que genera el funcionamiento libre del mercado es una meta no sólo racionalmente concebible sino también seguramente mucho más interesante para las capas sociales que sufren esa violencia y que resultan más favorecidas por el funcionamiento del sistema.

Lo que hoy constituye el núcleo válido y operante del socialismo como utopía se resume en un pequeño conjunto de valores de sencilla formulación y en algunas ideas programáticas: el compromiso con la libertad y la democracia, el ideal de justicia e igualdad, el fortalecimiento del Estado de Derecho y su papel redistributivo de la renta nacional, el empeño por incrementar la participación de los individuos en la vida pública y la protección de los intereses de sectores sociales desfavorecidos por el funcionamiento de la economía capitalista. El socialismo aspira a una distribución equitativa y racional de recursos insuficientes, propugna instituciones y acciones que reduzcan gradualmente la subordinación de la producción al beneficio de unos pocos, lucha por la abolición de la pobreza, la disminución de las desigualdades, la supresión de las barreras sociales y económicas en las oportunidades educativas y culturales. Y todo ello arraigado en el aprecio y el respeto a la libertad, y realizado a través del juego democrático.

El socialismo del futuro no puede ser maximalista y mesiánico. Es una utopía laica, que se sabe consciente de su provisionalidad y expuesta al error de apreciación. Es además una utopía en la que los valores de la libertad y la igualdad son ambos irrenunciables. Es, pues, una utopía incompatible con la violencia, la imposición o el engaño. Sólo admite una vía para su realización: la del compromiso entre valores diferentes y difíciles de conciliar.

El socialismo del futuro no debe esperar nada de los profetas ni exigir de nadie que esté dispuesto a dar su vida por los demás. La utopía socialista no se podrá obtener simplemente arrastrando a las masas tras un ideal demagógico. Más bien habrá que dedicar todos los esfuerzos a descubrir los procedimientos más eficaces para esa ingeniería de la igualdad que constituye núcleo de la utopía socialista.

Pregonar la igualdad es tan sólo una manifestación piadosa. Ensayar fórmulas que nos conduzcan a la superación progresiva de las desigualdades generadas por el funcionamiento del sistema es un problema casi tecnológico y ese es el verdadero reto del socialismo.

¿Por qué no decirlo? El socialismo del futuro no está obligado a romper con la sociedad burguesa; basta tan sólo con que sea capaz de integrar en ella sus propios ideales, sus proyectos y su tecnología de la igualdad. Y es la propia estructura de la democracia representativa, inventada por la burguesía europea, la que permite formular e implementar el proyecto socialista.

La democracia como única estrategia

No hace mucho que una excelente peregrina de la tradición marxista, Agnes Heller, discípula de Lukacs, decía: «En el mundo occidental moderno hay tres aspectos, relativamente independientes, que fomentan el desarrollo: la industrialización, el capitalismo y la democracia. Si la democracia logra imponerse a la industrialización y al capitalismo, sometiéndolos a sus propias reglas de juego, y convertirse así en una institución auténticamente global y con ello en el marco de acción adecuado, existiría una posibilidad real para el desarrollo de tecnologías alternativas y su posterior puesta en práctica. Ni los sueños sobre el paraíso perdido ni los sueños sobre un paraíso a reconquistar, sino la participación general para conseguir la radicalización de la democracia, lo que para mí es sinónimo de socialismo, puede restañar las heridas infligidas por la moderna tecnología sin dañar las ventajas de que disfrutamos en la actualidad» (*El País*, 3 de abril de 1983).

El socialismo democrático es la apología de la democracia como método. La democracia no es un término equívoco sino una referencia definida en la ciencia política y forjada en la práctica del Estado democrático y representativo. La idea de representatividad, revocabilidad periódica y legalidad son elementos claros que no admiten interpretaciones equívocas.

Es cierto que el Estado democrático es una consecuencia histórica del Estado liberal; pero ha llegado a ser el ámbito en el que es posible ejercer los derechos del hombre proclamados por la tradición progresista y cumplir las aspiraciones que dieron origen al movimiento socialista.

La democracia no es una realidad definitiva sino un proceso y un método a través de los cuales los hombres definen los fines éticos que como especie se proponen y procuran alcanzarlos.

La democracia además se recicla y se mantiene viva a través del ejercicio continuado. Por eso el recurso a formas no democráticas, aun con la pretensión de defender la democracia, es indeseable, porque termina debilitándola.

La democracia es frágil y problemática, menos expeditiva que otros sistemas, pero más eficaz a la larga porque su estabilidad sólo depende de su propio desarrollo.

Para el socialismo del futuro no tiene sentido la contraposición entre democracia directa y representativa. La complejidad del Estado haría imposible el acceso al poder real a través de mecanismos de democracia directa. Y, por otra parte, tampoco se puede limitar el juego democrático al control del ejercicio del poder en los sectores periféricos de éste. Sólo a través de la representación es posible acceder a todos los escalones del poder del Estado. Y la alternativa a la autonomía del poder político frente a los representados no se combate reivindicando el derecho a decidir en asambleas cuestiones irrelevantes, sino consiguiendo espacios nuevos para el ejercicio de una democracia reglada, donde las condiciones de libertad e información para decidir sean las óptimas posibles. Como ha dicho Bobbio, la cuestión hoy no es ya quiénes votan, sino dónde se vota.

La democracia también se define como poder manifiesto; de ahí que uno de sus requisitos sea la publicidad. La aceptación de poderes ocultos, invisibles, fácticos, pertenece no ya a la lógica de lo inconfesado, sino de lo inconfesable. Por lo demás el problema del Estado democrático moderno no es seguramente el inmenso poder que éste detenta, sino el conseguir que sea transparente la justificación de las decisiones que en él se toman.

La acción política

Ya hemos hablado de esa permanente tentación socialista según la cual el objetivo de la acción política es la conquista y el uso del poder como un instrumento para conseguir fines más altos de transformación del sistema social. Desde nuestra perspectiva esto no es más que un vestigio mesiánico y jacobino, y además una herencia envenenada que la tradición liberal legó al marxismo: la concepción instrumentalista del Estado.

Hemos aludido a la falta de vigencia de cualquier pretensión apriorística de fijar el sentido de la historia o de afirmar la existencia de un destino inexorable para un proyecto político. Tampoco nos parece consistente esa concepción del Estado como algo radicalmente escindido de la sociedad.

El Estado es hoy, en el Occidente democrático, un espacio de la vida civil. Es el resultado de un proceso de consolidación de la sociedad burguesa. En él han cristalizado los logros de una tensión continua entre el pensamiento y la voluntad de quienes empujaban desde abajo, y la astucia y la fuerza de quienes desde arriba procuraban mantener y reproducir su dominio. Lo cierto es, sin embargo, que de aquel Estado guardián de privilegios y legitimador de la desigualdad se ha llegado al Estado democrático como ámbito de racionalidad en la regulación de las relaciones entre los hombres. El Estado democrático interviene activamente en el seno de las contradicciones de la sociedad civil y puede orientar esa intervención en la perspectiva de la nivelación de las desigualdades y de la apertura de nuevos ámbitos de decisión y de capacidad de autonormación entre los ciudadanos.

El viejo ideal de la conquista del Estado se transforma así, para el socialismo del futuro, en la voluntad de hacer que aquél funcione cada vez mejor y más democráticamente. El ideal socialista del Estado es que éste sea *vigoroso, difuso y compartido*. El objetivo de la acción política no debe ser controlar el Estado sino más bien hacer que ese pacto político, que permite regular la vida pública sometiéndola al control de legalidad y representación, se extienda a otros ámbitos de la vida civil. Si es verdad que somos capaces de ir mejorando las realizaciones del Estado democrático, ¿por qué no promover que las corporaciones privadas y el resto de las instituciones sociales emulen ese método de regulación de las relaciones que hemos impuesto para la vida pública?

En fin, para el socialismo conquistar el poder es ganar ámbitos para la distribución solidaria del mismo. Procurar la hegemonía desde una perspectiva democrática es sencillamente distribuir esa cultura, promover ámbitos para su desarrollo y ganar el consenso social que afiance su plausibilidad y su porvenir.

¿Cómo organizar la práctica política de acuerdo con estos objetivos? Ello nos lleva a hablar, por último, de los partidos. En un sistema democrático su presencia no es sólo inevitable, es también altamente deseable, y es esencial que desempeñen adecuadamente su cometido. Y, sin embargo, a nadie se le oculta la existencia de una crisis bastante profunda de identidad y de funcionalidad de los partidos.

Los partidos son ciertamente elementos imprescindibles de la ingeniería democrática, que justifican en la actualidad su eficacia social como medios para garantizar la posibili-

dad de la alternancia de las élites en el poder. Pero esta reducción hace languidecer su vida. Habrá que recuperar aquella idea de *los partidos como instituciones ideológicas y éticas*, es decir, organizaciones sociales que promueven y seleccionan ideales y fines morales para la colectividad, garantizan a sus miembros el tráfico de información suficiente y los mecanismos para discutir racionalmente la adecuación entre programas y prácticas políticas y, en suma, sostienen como norma suprema de regulación de sus actividades el principio democrático.

Un partido no puede renunciar a ese dinamismo y a las tensiones que provoca, a sabiendas de que no sólo es una empresa ideológica, sino también el protagonista cotidiano de un pacto entre las exigencias del ideario y las resistencias de la realidad. Es justamente este sentido transaccional el que desautoriza tanto la intransigencia del fundamentalista como el entreguismo del pragmatista.

Es cierto que se requiere imaginación si se quiere desembarazar la práctica política del socialismo tanto de una retórica trasnochada como del señuelo del partido reserva de poder. El reto está en recuperar la vigencia de esa concepción de los partidos que acabamos de reivindicar. Quizá el desarrollo de medidas cautelares orgánicas que conjuren la sombra del oportunismo pudiera favorecer las condiciones para ese objetivo. Posiblemente entender más a la competencia, a la hora de acceder a responsabilidades de administración de poder público, contribuyera al logro de esos fines.

La consigna con la que a menudo se pretende acabar con las aporías de la acción socialista en el seno de la sociedad reside en la reiterada llamada a la «penetración en el tejido social». Se insinúa con ello la idea de que corresponde a los militantes del partido el dar el tono a las instituciones de la sociedad civil. Representa dicha pretensión la conciencia de un privilegio, a la hora de intervenir en la sociedad, por virtud de la adscripción ideológica. Y, sin embargo, desde una concepción pluralista y laica, no puede comprenderse que un militante de un partido, por el hecho de serlo, esté investido de un plus de capacidad para desempeñar un papel más singular en cualquiera de las actividades sociales. Quizá fuera más fértil invertir la pretensión y que fuera la sociedad civil y su sensibilidad las que penetren e informen la vida del partido.

Pensamos, en fin, que la renovación del partido socialista pasa ciertamente por la asimilación de un talante más mundano, plural y relativista. Un partido entendido como espacio para el debate y la elaboración de alternativas para programas concretos de acción política exige también, de alguna manera, la contención de la profesionalización en el ejercicio de las responsabilidades políticas dentro del partido. Y requiere sobre todo entender la cohesión como lealtad al consenso básico que define la institución y como respeto a las normas que la rigen; no como coartada que limite la libertad y la discusión.

Para terminar

En realidad el socialismo del futuro se parece mucho al socialismo del presente, como habrán podido observar nuestros lectores. La diferencia residirá tan sólo en el grado de conciencia y de coherencia con que los socialistas asuman en uno y otro caso la realidad. Nuestra esperanza es que en el socialismo del futuro se puedan plantear a fondo las opciones concretas que en cada momento demanda la sociedad, sin tener que renunciar a cada paso a lo que hasta el momento anterior —antes de tener que actuar— se seguía considerando irrenunciable; y sin tener que remitir a un lejano paraíso, aún más futuro, la realización de unos ideales que ya sólo se formulan precisamente para eso, para poder constatar su irrealdad.